



# Mariposas Seltas

Carlos B. Delfante

Aprendemos a amar no  
cuando encontramos a la  
persona perfecta, sino  
cuando llegamos a ver de  
manera perfecta a una  
persona imperfecta.

**Sam Keen**

## Preludio

Cuando se vive por muchos años, las personas van acumulando un sinnúmero de incidencias para relatar, a causa que éstas van germinando de la atenta observación por intentar advertir mejor la responsabilidad que tenemos sobre los diversos acontecimientos de nuestra vida. Unas suelen ser tristes, principalmente en virtud del coste de nuestras limitaciones. Otras, en tanto, suelen ser felices como único resultado de los beneficios de nuestras adaptaciones al mundo en que nos tocó vivir.

Sin embargo, existen ciertas responsabilidades que muchas veces se las confiamos a terceros para no sentir culpa de los acontecimientos.

En ese ir y venir de nuestro transitar, vamos al fin vivenciando la vida con el afán de tornarla lo mejor posible en busca de un colofón mejor.

Sin demanda alguna, las subsiguientes páginas contienen una compilación de poemas, crónicas y cuentos cortos que exaltan el comportamiento humano frente al amor, la pasión y el ímpetu de un corazón que se cree apasionado.

El que vive enamorado  
delira, a menudo se  
lamenta, siempre suspira, y  
no habla sino de morir.

**Pietro Metastasio**

Y para estar total,  
completa, absolutamente  
enamorado, hay que tener  
plena conciencia de que  
uno es querido, que uno  
inspira amor.

**Mario Benedetti**

# Metamorfosis

Reinan entre mortales los amores perfectos que duran una eternidad. Otros, no tan sublimes, triunfan y palpitan tan solamente lo que dura un lirio. Ninguno de ellos suele ser infinito, no obstante en medio a estos extremos de los afectos habite el “amor de mariposa”.

No hablo de la noctámbula y luminiscente luciérnaga celosa sino de la otra, la de mil colores, la que del capullo de un corazón humano, luego de nutrirse del plasma de la ilusión y los ensueños del alma del seducido, en un soplo trueca espontáneamente su silueta para convertirse en una pequeña palomilla que hace revolotear a todo manivació de amor por perpetuos cielos de delirios.

A causa de una mutación de sentimientos, el apasionado se escabulle o guarece rauda en guaridas de amor capaces de dar multicolor al mundo, no del firmamento imposible sino del mundo chico, ese perímetro señalado en el que solemos habitar los humanos.

En consecuencia, la metamorfosis del amor, al igual que las mariposas, resulta de tipo completa y complicada. Un proceso susceptible que incluye grandes cambios mentales

y estructurales que abarcan desde el nacimiento del amor, pasando por el desarrollo embrionario de las emociones, hasta alcanzar su completa madurez ataviada de múltiples coloraciones, tal cual le ocurre a las mariposas de colores.

Al emerger hacia la vida, la mariposa adulta, al igual que el amor pasional, se encuentra extremadamente frágil, con las alas pequeñas y húmedas. Éstas luego se estiran y fortalecen completamente, dando comienzo la mariposa a su maravillosa vida como un insecto alado. Vuelan, así como vuela la imaginación del ebrio de amor, hasta agotar todas sus energías y morir.

Algunas mariposas tienen una vida adulta muy breve, aunque otras llegan a vivir meses como es el caso de otras similares de su especie.

El amor innúmeras veces no. O él se torna eterno en cuanto dura, o muere al primer desengaño.

## Rayos y Saetas

Tan pronto rebasan las fastidiosas nubes plúmbreas de la atmósfera, es posible percibir de repente la luz refulgente de los rayos a zigzaguear serpenteantes por los cielos como víboras venidas del Edén.

Desgajan incontinenti como si de hoja de papel estraza se tratase, la gaza de un denso cielo velado y llorón, para luego alcanzar vertiginosamente su destino antes que mil trompetas aladas festejen su llegada con un rugido del infierno. Entonces el estruendo nos sacudirá de la cabeza a los pies.

Diferente a la rimbombante actitud de estos, a partir de una lejana estrella del firmamento, tenemos la objetividad de un silencioso querubín alado que luego de extender su arco y hacer mira antes de lanzar la saeta del amor, la largará atravesando fugaz un cielo de tinte añil.

Comoción sería por cierto la palabra correcta para lo que ocurre con esos puntiagudos y certeros dardos. Uno en la imaginación, el otro en el corazón, ya que rayos o saetas nos atrapan por igual entre fragor y confusión. Por eso es dable afirmar que si esos dos lanzados nos alcanzan,

seguramente nos quemarán en vida. Uno por fuera, otro por dentro.

Es consabido que los rayos suelen tener vida efímera y mueren en nuestra mente escasos segundos después de su inaudito estrépito. Pero las saetas no. La vibración que estas causan puede durar eternamente, ya que el poderoso soporífero de afecto que contienen en su punta, suele ser perito en tomar cuenta de las alucinaciones del más inocente de los humanos.

Un sedante que embriaga de inicio el corazón y luego endilga la mente, el alma y los sentidos, haciendo que el febril apasionado ya no sienta más el suelo bajo sus pies.

¿Acaso podrá ese ser enclenque de amor oponerse a las inexorables severidades de la vida?

# Tic-Tac

Lo común es convenir que tenemos tiempo para todo, mismo que por veces ese lapso de vida no nos alcance para nada, aunque millones de artilugios ingeniosos inventados por el hombre se dediquen a medir y estimar el tiempo con exactitud extremada.

Claro que el tiempo es de por sí una dimensión física en la cual es posible medir la duración o separación de los más diversos hechos y acontecimientos, sujetos a cambios y variaciones, de los sistemas sujetos a observación. Lo que, dicho en mondas palabras, no es más que un periodo que transcurre entre el estado del sistema cuando éste presentaba un estado específico y el instante que fue fijado registra una variación perceptible para quien lo observa.

Por su vez, es ese espacio que llamamos de *tiempo*, el que nos permite ordenar los diversos sucesos de la vida en secuencias, estableciendo para todo un pasado, un futuro y un tercer conjunto de eventos que no son ni pasados ni futuros. Celosamente, en la dinámica clásica se ha definido que esta tercera clase se llama “presente”, un espacio de tiempo que estaría formado por eventos simultáneos.

En contrario de lo inicial, también hay quienes piensan que el tiempo pasa volando, por lo que deducimos que estos jamás han estado en un rincón de la naturaleza donde el tiempo suele detenerse y el corazón paralizarse.

Sin embargo, ese espacio específico que todos hemos pactado denominar “tiempo”, suele ser todavía un lapsus calami variable en su conjugación, pues éste puede resultar demasiado para el que espera, extenso para el que sufre, corto para el que ríe y muy rápido para el que ama... Demasiado rápido, pienso yo, mismo que cada corazón tenga sus propios vaivenes y agitaciones, que es como decir sus pormenores.

En fin, el tiempo es como el viento, que empuja y genera cambios para de pronto sentirnos prisioneros de una circunstancia que no buscamos sino que nos buscó.

# Expiración

Necesitamos estar preparados para el día que caiga la cortina del último acto. Es imperioso decirlo, y más aún reconocerlo. Infalliblemente, cuando esa umbrosa andanza nos alcance, nada llevaremos para esa emigración eterna destinada hacia el más allá de la vaporosa línea que separa el horizonte del reino celestial.

Todo personaje mundanal anda descalzo por la vida en un mundo que pasa sin interrupciones pero con prisa. Y mismo así, al partir, todos dejaremos detrás los perdones que no pedimos, los amores que no vivimos, los sueños no realizados y nos iremos con lo puesto.

Retóricamente, en ese último viaje de la vida, cuando la noche inesperada nos atrape sin más y nuestros párpados sucumban en la oscuridad, sólo habremos de llevar lo que tenemos dentro, en el alma, en la mente y el espíritu.

Vivamos la vida hoy, porque a partir de ese entonces ya no habrá una boca seductora a reclamar besos imposibles, ojos que amen en silencio en cuanto miran, bobalicones, propuestas que quedaron ahogadas en el apocamiento de la integridad, manos suaves que acaricien cuerpos ardientes o

desalientos que fueron esperanza un día y se marchitaron en el corazón como flor arrancada con prisa de su tallo. Tampoco ha de existir una nueva oportunidad para entregar esas promesas de amor que cierto día abortamos por causa de otros alborotos.

Luego de expeler el último suspiro, inmóvil y tieso, el cartujo más taciturno ya no podrá distinguir como su piel se convierte en pellejo hasta secarse y transmutar de pronto en un mustio pergamino. Ya de nada valdrán entonces las experiencias vividas y sus demás minucias, y por acaso el recuerdo de nuestro nombre será como un paisaje que llena el contorno de quienes aún no han partido.

## Ceguera

Ella imaginó estar viviendo ese tipo de amor peregrino que sólo le sucede ciertamente a alguien una vez en la vida. Era un sentimiento tan maravilloso, que cuando ella miraba a esa otra persona se le sacudía el alma, y en el instante que él tomaba sus manos entre las suyas todo lo demás perdía importancia y conciencia, al punto que cuando la besaba sentía que quería quedarse allí, quietita, toda la vida.

¿Todo eso por qué? Tan sólo porque ella sobrevivía en la indiferencia y llenaba la soledad de su vida con otras soledades que tenían por pretensión entretenerla a todo coste mientras soñaba tratarse de un amor que le había dado un pellizco al alma.

Quizás ella era como ese tipo exótico de flor de un día que habita en un retraimiento de espantos diminutos, de expectativas inalcanzables, bajo un cielo sin galaxias y sin estrellas, o tal vez en una calle sin esquinas, en un bosque sin arboledas, en un jardín sin rosas ni malvones.

¿Quién se anima a testificar o impugnar que ese afecto perenne que cultivaba, no decía respecto a un sentimiento que tenía cuerpo pero efectivamente carecía de alma?

Los más viejos dicen que, para suerte de ellos, todos los humanos llevamos guardado dentro de nuestra cajita de emociones una cordura siempre vigilante, donde no son pocas las veces que su suprema sabiduría nos mete a la fuerza dentro del corral de la razón.

En efecto, la ceguera es una diversidad funcional de tipo sensorial que consiste en la pérdida total o parcial del sentido, que tanto puede ser de la vista como del espíritu o hasta en el corazón de un apasionado.

Y si acaso ese tipo de ceguera ocurrir en el corazón del delirante, bien sabemos que la vida no deja de ser un error, aunque sin duda alguna más error es la muerte si no existe a quien amar.

## Los Elfos

Es suficiente con destapar un tarro para que surja de allí una leyenda. Hay muchas rodando en este mundo, pero una que proviene de la mitología nórdica contiene reseñas más tempranas preservadas de los elfos (\*).

...No consta en el libro Génesis, pero dicen que pasados ya algunos años desde su compelida salida del Paraíso, cierto día Dios fue a visitar a Adán y Eva, quienes ya no le guardaban rencor ni pudor y lo recibieron calurosamente y le enseñaron la casa donde ellos ahora vivían. Luego a seguir, le mostraron a sus hijos, los cuales, de golpe, a Dios le parecieron harto prometedores.

El Supremo preguntó entonces a Eva si no tenían más hijos, además de los que él había conocido, pero ella le contestó que no. Lo que no era verdad, pues resulta que a Eva no le había dado tiempo de asear a toda su prole y le daba vergüenza que Dios los viera, por lo que los escondió.

Ese extremo, no obstante, ya era conocido por Dios, a quien nada se le escapa, y por tanto, le dijo:

-“Que todo lo que se oculte a mí, también se oculte a los hombres”.

Y fue así, que a partir de ese día todos los hijos escondidos y sin asear de Eva fueron invisibles a los ojos de la gente, y habitaron los montes y las lomas, las colinas y las rocas. Es de ellos que provienen los elfos, mientras que los humanos son los descendientes de aquellos que Eva presentó a Dios.

Los humanos nunca pueden ver los elfos, a menos que éstos así lo deseen. Sin embargo, ellos sí pueden ver a los humanos y dejarse ver a su antojo. Por eso que quien los ha visto afirma que los elfos son humanoides de apariencia frágil y delicada, con orejas puntiagudas, piel pálida y ojos almendrados y poseedores de una personalidad traviesa.

Son seres de larga vida que viven cientos de años, o quizás sean hasta inmortales. Incluso se piensa que poseen poderes de vida. Y a pesar de ser menos corpulentos que los humanos, por término medio tienen mayor agilidad y destreza en sus movimientos.

Así como muchos de los seres fantásticos, los elfos piensan que los humanos son una raza inferior, debido a su falta de inteligencia... Y visto lo que he visto, yo les creo.

(\*) Adaptado del libro Cuentos Populares Islandeses

# Deseos

El deseo, mismo siendo algo propio de cada persona, es y será siempre un deseo, un sentimiento cuyo concepto “ad aeternum” sirve para generar una ansiedad placentera.

La ambición frívola del propio deseo es quien lo torna perpetuo, ya que éste nunca se da por satisfecho, pues una vez que él ha cumplido su objetivo y ve aplacado su anhelo de cumplir una voluntad o saciar un gusto que sea, luego uno advierte que él resurge como ave Fénix gobernando otro objetivo deseado y así “ad infinitum”.

Claro que las motivaciones del deseo suelen ser muy variadas. En ocasiones, ese sentimiento surge del recuerdo de vivencias pasadas que nos resultaron agradables. En otros casos, quizás los más, el deseo es motivado por una potencialidad que se le confiere a aquello que se desea.

Consecuentemente, por fuerza de su voluntad, el propio deseo no es más que un sentimiento que forma parte de la naturaleza humana y, probablemente, un tipo de motor a propulsión que impulsa su conducta. Por tanto, el hombre que desea algo se convierte en un sujeto activo que lleva adelante diversas acciones para satisfacer sus anhelos.

Si bien el sentimiento mortal no es igual que el deseo de matar, esto no quiere decir que la gente se apropia sin más del revolver de Buck Jones y sale haciendo ¡Pum! por ahí; pero cuando algo se anhela al punto de creer que representa el único camino para alcanzar la felicidad, los seres sapiens son capaces de hacer cuanto sea necesario para obtenerlo; aunque los deseos no siempre apuntan a situaciones que tengan como protagonista a quien los siente.

No es bien eso. En realidad la gente mata en el corazón. A través del deseo se va dejando de querer bien hasta que un día la persona muere. Todo ocurre porque el deseo nos saca de nosotros mismos, nos desubica, nos dispara y proyecta, nos vuelve excesivos, y hace que vivamos en la improvisación, en el desorden y el capricho.

De hecho, como la gente se acostumbra a llevar tantos golpes de la vida, resulta que cuando de pronto llega el amor y el cariño de alguien, hasta lo hallamos extraño.

## Sueños y Delirio

Ella llegó repentinamente a mi sueño despojada de todo pudor en medio de la niebla de la madrugada, para susurrar suplicante a mi oído: ¡Ámame!... ¡Haz de mí tu mujer!

Postrado e indefenso frente a mi hada de la noche, mis dedos torpes se entrelazaron en sus cabellos y mis labios se unieron a sus labios en un largo beso sediento y ambicioso, mientras tanto mi mano palpitante se entregaba mil veces a recorrer lentamente su cuerpo de la cabeza a los pies.

Así, en medio a incalculables cariños, la fui acariciando suavemente con dedos extraviados sobre una piel dócil y perfumada como quien toca de leve los pétalos de una rosa.

Mi boca recorrió entonces su espalda, despacio, lenta, sin prisa, sin prontitud alguna que me impidiese dejar cada milímetro de su piel sin besar. Miles de besos y caricias cubrieron su cuerpo como si se tratase del regio manto de una soberana a cubrir su hechura femenina y grácil.

Mis zafios labios anhelantes llegaron entonces hasta su cintura, su vientre, y en los encaracolados bellos de su pubis mi boca sedienta se perdió en otros labios húmedos y deseosos para arrancarle gemidos y suspiros incontinentes.

Luego mis labios alcanzaron sus tiernos pechos, y en esos dos pequeños y tiesos botones de rosa encarnada se solazaron pausados hasta lograr aplacar mi sed, sorbiendo de ellos el néctar de la vida que alimenta y nutre.

Iracundamente, nuestros cuerpos se agitaron entre mil piruetas cuando su sexo y mi sexo se convirtieron en un sólo objeto falto y exhausto de pasión y afecto. Perdidos entre infinitos corcoveos desenfrenados, nuestros susurros dieron lugar a perenes gemidos y a ese tipo de clamores de euforia que causa un acto de amor.

De repente ella arqueó la espalda y el volcán de la vida estalló dentro de sí, cuando un río de lava ardiente roció sus entrañas hasta tocar su alma, dejándonos desmayados y perdidos entre un abrazo... La enajenación matutina nos encontró de manos entrelazadas, abrazados en un único cuerpo oscilante y vibrante en cuanto nos entregábamos involuntarios al regocijo.

Cuando el crepúsculo mañanero corrió de vez el velo de la noche, al abrir mis ojos noté con pesar que la luz del día disipara de mis brazos la dulce maga de mis sueños...

## El Beso

Incontables seres apasionados ya se habrán preguntado un día, cuántos caminos incomprensibles y oscuros suelen existir hasta poder llegar al beso, no a esa común expresión social de afecto, de saludo, de respeto, sino más bien a ese acto que sella un amor sublime como si fuese una repentina cortina que baja en el escenario de la pasión.

Presumo que esas mismas vías peripatéticas que los más exaltados necesitan recorrer para alcanzar su remate, han de ser infinitas para todo aquel que sufre de una pasión silenciosa y reservada por quien le robó su alma y al día carece de compensación para su anhelo.

Mientras tanto no acontezca el ansiado beso, ha de girar la noche sobre sus invisibles ruedas como rueca silenciosa que hilvana hilos de sueños imposibles, viento primaveral que lleva y que trae vida, viento en torbellino que envuelve nuestros destinos hasta no ser nadie sino apenas un sueño.

Puede que sean tan solamente los desvelos de toda una vida vivida y por vivir, de hombre sin reinado, carpinteros sin madreros, de herreros sin fragua, de un labrador sin ventura, de pescador sin red y sin mar, de gente perdida en

las sombras que duerme sus taciturnos sueños custodiando la larga noche negra de los viajeros dormidos.

Qué decir entonces de los poetas amantes, quienes en la vida y en la propia muerte persiguen con infinita tenacidad sombrías utopías y delirios sin era y sin vera, para luego advertir que están cubiertos con la misma persistencia de la impasible pompa.

Todo cuidado es poco, porque atrás de un beso fueron antes una multitud, y ahora estos, ya seguros de que están muertos, muertos harán de las exequias un festín miserable.

A todos los Dioses y Zoroastros de este descalabrado universo, os suplico y ruego mil veces de rodillas juntas, que todo el amor de ella se propague en mí a través de su boca, que no sufra un momento más sin primavera, y que mi bien amada deje en mis labios sus besos por toda la eternidad.

## El Forastero

Este cuentito, así escrito, es un placer. Leído, es lo que iremos ver.

...A eso del atardecer, entre relámpagos y truenos, las nubes, negruzcas e inmóviles, aflojaron y el agua empezó a caer como con rabia, con una furia casi loca. Fue como si de repente le diera asco las cosas feas del mundo y quisiera bórralo todo, deshacerlo todo y llevárselo bien lejos.

Los bichos buscaron refugio de inmediato y la hacienda buscó dar anca al viento o intentó amparo debajo de algún árbol, en cuyas ramas chorreaban los pajaritos, metidos a medias en sus nidos de ramitas, paja y pluma.

Dentro de la vivienda, en una cocina negra de humo se hallaban, cuando oyeron ladrar el perro que miraba hacia el lado del camino, doña Eulalia y su hija Leonor, la que se asomó y percibió la silueta de un hombre desmontar en la enramada con el poncho empapado y el sombrero como trapo por causa del furioso aguacero.

-¿Quién es? -Preguntó la madre sin dejar de revolver la olla del cocido, en cuanto su hija le gritaba al perro, con autoridad-: ¡Rosendo! ¡Rosendo! ¡Quieto!, ¡ven aquí!

-No sé... No lo conozco -respondió Leonor, expectante, cuando se colocó al lado de su madre.

-¡Buenas tardes! -las saludó la voz grave del hombre al entrar, agachándose para pasar por un dintel de puerta baja.

-Buenas... Siéntese. ¿Lo agarró el agua?... Sáquese el poncho y arrímelo al fogón -le ordenó doña Eulalia.

-Sí, es mejor. -Concordó el forastero, mientras colgaba el poncho negro en un gran clavo cerca del fogón y sacudía el sombrero. Después se sentó en un tosco banco.

-¿Viene de lejos? -sondeó la madre, ojos quietos, tirante pelo oscuro tapizado con copiosas hebras blancas.

-Desde las sierras del norte -comentó el recién llegado.

-¿Y va? -curioseó ella, sin mirarlo.

-A la estancia de don Torquato Balbuena... Más allá de Arroyo Grande, donde pensaba llegar hoy, pero me apuré mucho por el agua y traigo cansado el caballo. Así que si me deja pasar la noche -instó él, alzando los hombros

-Como ve, comodidad no tenemos -le advirtió Eulalia-. Pero si quiere, puede traer su recado y dormir aquí mismo.

-¡Cómo no!... Estoy acostumbrado.

La muchacha, ahora acurrucada en un rincón, miraba al forastero de reojo. Cuando oyó que él iba a quedarse, sintió clarito en el pecho los golpes del corazón. Es que cada vez más le parecía que aquel hombre delgado y alto, de cara pálida cubierta por una negrísima barba que la hacía más blanca, no tenía aspecto de tranquilizar a nadie.

La madre entorpeció sus nublosas reflexiones, diciendo: -Movete, hija, aprontá un mate-, y continuó revolviendo el guiso, mientras daba conversación al forastero, que ahora acariciaba el perro y retiraba la mano cada vez que éste rezongaba desconfiado de tanto mimo.

Leonor tiró la yerba vieja del porongo, puso nueva, e hizo absorber primero un poco de agua tibia para que esta se hinchara sin quemarse. A seguir, ofreció el primer mate cebado al desconocido. Éste la miró a los ojos y ella los bajó, trémula de susto.

No sabía por qué. Muchas veces otros ya habían llegado así, de pronto. Gentes de otros pagos que dormían allí y al otro día se iban. Sin embargo esa nochecita, con el ruido de los truenos y la lluvia, con la soledad, con muchas otras cosas rondando en su cabeza, tenía un tremendo miedo de aquel hombre de barba negra y cara pálida y ojos como chispas. De repente se dio cuenta que la observaba.

De ojos encapotados, sorbiendo lentamente el mate, el hombre recorría con la vista el tentador cuerpo frágil de la muchacha. Su acto lo llevó a pensar que habría que cansar muchos caballos para volver a encontrar otra tan linda y tan bonita en todo el pago.

Brillante y negro el pelo, se lo repartía al medio con una raya pareja y le caía por los hombros en dos trenzas largas y flexibles. Leonor tenía los labios carnosos y chiquitos que parecían apretarse para dar un beso largo y hondo, de

esos que aprisionan toda una existencia. La carne blanca, blanca como cuajada, tibia como pulmón, se aparecía por el escote y también se dejaba ver por las mangas cortas del vestido. Tenía un pecho abultadito, lindo pecho de torcaza con dos pezones levantando con sus chuzas la zaraza; las caderas ceñidas, firmes; las piernas podían adivinarse bien formadas bajo una pollera ligera que las pintaban clarito.

Toda ella producía ansias extrañas en quien la miraba; entreveradas ansias de caer de rodillas, de cazarla por el pelo, de hacerla sufrir apretándola fuerte entre los brazos, de acariciarla tocándola apenitas. Una mezcla de deseos buenos y malos que viboreaban en el alma del cristiano como relámpagos entre la noche. Porque si bien el cuerpo tentaba el deseo del animal, los ojos grandes y negros eran de un mirar tan dulce, tan leal, tan tristón, que tenían a raya el apetito, y a su vez ponían como alitas de ángel a las malas pasiones.

Embebecido cada vez más en la contemplación lúdica, sólo al rato el hombre percibió que la muchacha estaba asustada con su actitud. Entonces algo le pasó también a él. Su mano vacilaba ahora al tenderla para recibir o entregar el mate.

Leonor estaba en ese entretanto poniendo las cosas en la mesa. Luego los tres se sentaron silenciosamente a comer. Una vez concluida la cena, mientras las mujeres fregaban, el hombre salió y caminó bajo la lluvia hasta la enramada,

desensilló, llevó el recado a la cocina y se sentó esperando a que ellas hicieran la lidia mientras él jugaba con el perro, con Rosendo que, por causa de una presa tirada al cenar, había perdido la desconfianza y ya estaba íntimo con el desconocido.

-¡Lo mismo que el hombre! -pensó, y siguió mirando el fuego y, de reajo, a Leonor. Cuando terminaron la tarea, la madre desapareció para tomar unas cobijas.

-Su poncho no se ha secado... Tome, hasta mañana, si Dios quiere -gesticuló Rosenda, parada, aguardando por su hija.

-Se agradece -respondió el forastero.

-¡Buenas noches! -deseó Leonor, cruzando ligero a su lado con la cabeza gacha.

Las dos mujeres abrieron la puerta que comunicaba con el otro cuarto, pasaron y la volvieron a cerrar. Al rato, se oyó el rumor de las camas al recibir los cuerpos, se apagó la luz... Todo envolviéndose en el ruido del agua que caía sin cesar. El hombre tendió las cacharpas, se arrebujó en las mantas junto con el perro y sopló el candil. El fogón, mal apagado, quedó brillando en la oscuridad.

Al poco rato comenzó a oírse la respiración ruidosa y regular de la mujer. Sin embargo, en la cama de Leonor aún no había caído el descanso. Ahora que su madre dormía, el miedo la ahogaba más fuerte. El corazón le golpeaba el pecho como alertándola para que algún peligro

no la agarrara impróvida en el sueño. De cuando en cuando ensayaba rezar un Ave María que casi nunca terminaba, porque lo paraba en seco cualquier rumor, que la hacía sentir de un salto en la cama.

Apretando los párpados, su vista trataba en vano de atravesar las tinieblas... Poco después, a eso de la media noche, oyó bien claro que la puerta de la cocina que daba al patio había sido abierta, y hasta le pareció sentir que el aire frío se colaba por las rendijas. Tuvo la ligera intención de despertar a su madre, pero no se animó a moverse. Sentada, con los ojos saltados y la boca abierta para juntar el aire que le faltaba, escuchó... No sintió nada.

Aquel silencio, después de aquel ruido, la asustaba aún más. Lo cierto es que ella no escuchaba nada, aunque en su trastocada imaginación veía nítidamente al hombre de la barba negra clavándole los ojos como chispas, así como veía el poncho negro, colgado del clavo, movido por el viento como anunciando ruina. Y como para convencerse que era verdad que la puerta había sido abierta, siguió sintiendo el aire frío y percibía más claramente el ruido de la lluvia...

En efecto, el forastero, que se echara nomás a dormir sobre el recado, ya se había levantado y lo llevara otra vez a la enramada. Luego que ensillara el caballo, caminó a pie hasta la manguera que quedaba como a una legua de distancia, dejándose pintar de rosado por los relámpagos.

Llovía tanto, que el agua le daba de frente, por eso él avanzaba con la cabeza gacha. A la luz de los relámpagos daba para notar el poncho y el sombrero hechos sopa...

Chorreado agua, montó y salió como sin prisa, al trotecito. La lluvia gruesa, helada, seguía cayendo mientras Leonor lo miraba quieta y triste desde la ventana, soñando con lo que hubiese podido haber sido y no fue.